

cio de Carranza, Vasconcelos parecía, como los héroes de algunos dramas griegos, o, como las figuras que se reemplazan en el cinematógrafo, interesado sólo en huir de sí mismo, creando—con esta continuidad de ausencias—su personalidad.

Las playas de California, las calles de Chicago y Nueva York, las quietas plazas virreinales de Lima, lo vieron, durante esos años, rememorar una patria que empezaba a creer abolida y esperar, sin esperanza, el amanecer de una libertad universal. Por momentos, acosado de la furia con que la creación se impone a ciertas almas, lo olvidaba todo para encerrarse en un silencio místico. Sus amigos improvisados lo sentían entonces distante y como hermético. Así se formó *Pitágoras* y, después, junto con los relatos y anécdotas que reunió con el nombre de *Divagaciones Literarias*, así se formaron también los primeros ensayos del *Monismo Estético*. En esta obra, henchida de sugerencias, el autor intenta oponer la energía estética, pitagórica, al dinamismo newtoniano y busca los orígenes mismos del gusto en un acto de espiritualidad religiosa, trascendente, merced al cual—a su juicio—se logra definir la unidad interior de los fenómenos heterogéneos.

De regreso a su patria, la acción—a la que este Ministro de la Regla parece haber querido consagrar lo mejor de su espíritu—había de apoderarse nuevamente de él, para no dejarlo continuar la ruta de sus